



En su azul se tiñe el mar

Es mejor no pensar en el inmensurable océano que rodea al barco.

Las olas arrullan al buque con movimientos suaves y acompasados; como si quisieran apaciguar las agitadas almas dentro de él. El sol de las cuatro de la tarde, oculto tras densas nubes grises, no animaba demasiado a nadie.

- ¡Cambio de guardia! – gritó el comandante.

Rápidamente, todos cuantos nos encontramos en la proa abandonamos el lugar, y la mayoría nos encaminamos al comedor. Los rostros serios, tristes, graves que se hallaban allí, se miraban unos a otros para encontrarse con semblantes similares a los suyos. Algunos, como yo, llevaban años en la armada, otros llevaban días.

Prontos, aunque ya acostumbrados, a engullir alguna insulsa comida de las que solían darnos, hablábamos reunidos en la mesa. Saqué mi cuaderno, en donde escribía lo que iba viviendo en aquella travesía, dispuesto a plasmar mis recuerdos de aquel día en el papel. De repente, escuché una explosión.

Todo sucedió en un instante.

Luego del estruendo, alcancé a vislumbrar cómo, desde abajo de la superficie sobre la que estábamos parados, una bola roja de aire caliente se abría paso. En ese instante crítico, fatal, uno tiene un solo pensamiento en la cabeza, el único posible: sobrevivir. No sé si arrojado por el instinto o por la fuerza de la explosión, pero lo cierto es que me encontré a mí mismo en el suelo, cubriéndome la cara con las manos.

Sentía la piel quemada. Parte de la ropa se había derretido sobre mí. Percibía, como voces lejanas, los gritos de mis compañeros.

A pesar del dolor, logré ponerme de pie y avancé sobre el desastre que tenía a mis pies. Los sobrevivientes ya se habían retirado del comedor. En esa sala solo quedaban cadáveres.

Mientras cruzaba la puerta, ocurrió la segunda explosión. Gritaban “¡torpedos!”. Los ingleses habían dado en la proa, y esta se había desprendido del resto del buque. Fui corriendo tan velozmente como pude hacia la popa, único lugar seguro en aquella embarcación.

- ¡Abandonen el buque!- exclamó el comandante.

Inmediatamente, todos se zambulleron en el agua, última esperanza de supervivencia. Algo me detuvo. No pude hacerlo.



A unos diez metros de donde estaba, vislumbré la figura distinguida e implacable del comandante. Él no parecía dispuesto a arrojarse al mar.

- ¡Vamos, señor!- le dije al comandante.

Se giró y me miró. Seguramente no pudo reconocermé, pues llevaba puestas capucha y parca, y el humo imposibilitaba la visión hasta de uno mismo.

- ¡Al agua!- me ordenó.

- No, señor- le contesté-. Si usted no se tira, yo tampoco.

Estoy seguro de que entreví, a pesar de las humaredas grises y negras, una sonrisa en sus labios.

La nave estaba ya inclinada 40°; la cubierta, llena de petróleo. Como pudimos, nos sostuvimos uno del otro y buscamos hombres que necesitaran auxilio. No encontramos a nadie.

Quedamos aguardando, completamente solos, la tercera y última explosión y el hundimiento del ARA Gral. Belgrano.

La inmensidad del océano, un buque y dos hombres.



Florencia Moltó